

La retaguardia del verano

«Somos más que las palabras que nos definen», dicen El Niño de las Pinturas, Dani Rovira y los que tenemos la suerte de rondar esta Granada

DE GRANÁ
JOSÉ E. CABRERO



La pareja está sentada en lo alto del muro, al final de la Cuesta Escoriala, en Vistillas de los Ángeles. Los pies les cuelgan sobre uno de los grafitis más bonitos de El Niño de las Pinturas: un niño agachado, como si observara muy concentrado el bullicio de un hormiguero. «Somos más que las palabras que nos definen», se lee. La pareja son un chico y una chica, veintitantos. Él dice: qué calor. Ella dice: mucho, pero cállate ya. Él responde: quiero un helado. Y ella insiste: el helado no quita el calor. Él grita: pero quiero uno. Ella se lleva las manos a la cabeza: eres un pesado. Él la mira con ojitos: pero te gusta. Ella resopla: qué culpa tendré yo de eso.

No les dije que era de noche. Madrugada, más bien. Una de esas madrugadas granadinas donde no hay filosofía que valga. La pareja me cayó bien al instante porque reconocí algo en ellos que me resultó muy familiar: no se han ido.

Durante muchos años, cuando llegaba el verano mis amigos se iban de viaje por ahí, muy lejos. Para mí, muy lejos significaba fuera de Granada. Almuñécar, Almería, La Manga del Mar Menor, Egipto, Nueva York, todo era lo mismo, muy lejos. Pero algunos, unos pocos, pasábamos el verano en Granada y eso les aseguro que imprime un carácter. El calor, el silencio, los bares mustios...

En esas noches eternas pateábamos las calles vacías y las sentíamos más nuestras que nunca. Una vez jugamos al escondite en la Fuente de las Batallas. Y otra vez vimos amanecer desde San Miguel como si fuéramos los últimos habitantes de un mundo asolado por las plagas. Luego, cuando los demás volvían de las vacaciones y la vida recuperaba su normalidad, aquellos pocos que aguantábamos aquí el verano nos sentíamos más granadinos que el resto. Y, entre susurros, nos reconocíamos como la retaguardia.



Detalle del grafiti de El Niño de las Pinturas, e.a.

«En esas noches eternas y calurosas pateábamos las calles vacías y las sentíamos más nuestras que nunca»

Leo en una vieja crónica de la periodista y brasileña Clarice Lispector —una maestra— que escribir es vender el alma. Escribir en una noche de verano en Granada debe ser como venderla de segunda mano. O como regalarla. Estas noches duermo regular, me desvelo a cada rato

por el calor y me dan ganas de salir a caminar, como hacíamos antes. A veces escribo. Otras cojo el móvil y juego al ajedrez o dejo que las redes sociales me terminen de freír el cerebro. Así fue como apareció en mi pantalla la cara de Dani Rovira. «Me he roto y recompuesto tantas veces que los miedos se me han hecho pequeños. Y me siento un gigante al lado de ellos», escribía y, sin querer, me rompió un poquito a mí. Hace un año le operaron y la vida se le puso patas arriba. Lo contaba, precisamente, para los que puedan pasar por algo parecido, para decirles que tengan paciencia, que respi-

ren, que a veces hay que permitir que te rompan para volver a ser lo que quieras ser. «Es una suerte rondar este planeta», Rovira terminaba el texto con una fotografía del grafiti de El Niño de las Pinturas, el de que somos más que las palabras que nos definen. Me hubiera gustado estar en la retaguardia con Dani.

Él dice: no se está mal aquí. Ella dice: a ver, hace calor. Él gruñe: era por animar, esto es una mierda. Ella ríe: pero una mierda muy gorda. Él la quiere: menos mal. Ella le besa: qué suerte. Él pregunta: ¿qué hacemos todavía aquí? Ella responde: la guardia. Él termina: ¿de todo?